

(4 pliegos.)



HISTORIA

DE LOS

AMANTES DE TERUEL,

MARCILLA Y SEGURA.



VALLADOLID:

Imprenta de Fernando Santaren.—1863.

(Copyright 18)



Es propiedad del Editor.

ALBION

1888

REVISTA DE HISTORIA

Y GEOGRAFIA

1888

Imprenta de Fernando Sotomayor, 1888.

HISTORIA

DE LOS

ARANTES DE TERUEL.

MARCILLA Y SEGURA.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento y educacion de Don Diego Marcilla y Doña Isabel Segura.—Cariño que se tomaron en su niñez, y como fueron creciendo, mas se aumentó su pasion.—Declaracion de los dos amantes.—Don Diego pide á Don Pedro Segura á su hija por esposa.—Respuesta desagradable de este.—Cita y entrevista nocturna de Marcilla é Isabel.—Disgustos de los dos por no acceder el padre á su pretension.

Nació Don Diego de Marcilla en el reino de Aragon, siendo su infortunada cuna la ciudad de Teruel: sus padres, aunque no dotados de bienes de fortuna, ni rodeados de la opulencia de sus predecesores, son empero distinguidos por la nobleza de su estirpe, y mucho mas por su notoria honradez y probidad. Instruyéronle desde su niñez en las sólidas máximas del catolicismo, dándole una educacion y principios correspondientes á su esfera. Progresó tanto en el estudio de las humanidades y ciencias naturales, que fué colmado de elogios.

Residente en la misma ciudad, y no lejos de la casa de Marcilla, habitaba D. Pedro de Segura, caballero de distincion por sus títulos y cuantiosos intereses. Asociado este con el padre de Don Diego intimamente desde su infancia, y unidos con los vínculos de un parentesco re-

moto, y mucho mas con los lazos de una estrecha amistad, seguian en continuas relaciones y fraternal correspondencia: esta circunstancia motivaba el frecuente trato entre las dos familias. Superabundantes riquezas hacian sobresalir la casa de Don Pedro entre las mas poderosas de la ciudad: rodeado de fausto y de todos los favores de la fortuna, no tenia necesidad de ambicionar la grandeza de los potentados, utilizándole sus propiedades todo género de comodidades terrenas, pero quedaba en su alma un vacío. La naturaleza le habia negado el dulce título de padre, y despues de muchos años y cuando se hallaba sin esperanza que en su feliz consorcio tuviese un sucesor, accedió por fin el cielo á sus deseos, dándole por único fruto de su conyugal unión una hija, á quien la naturaleza prodigó todas las gracias y cualidades que caracterizan la amabilidad del bello sexo. El nacimiento de esta celestial criatura costó la vida á su madre, y este fatal incidente duplicó en el padre el intenso cariño que profesaba á la niña Isabel.

Acababa de fallecer un hermano de Don Diego Marcilla, que criaba su madre, sintiendo esta con el mayor dolor la prematura muerte de su tierno hijo, y la funesta pérdida de su amiga la esposa de Don Pedro, y se encargó del primer alimento de la niña, prestándola todas las atenciones no de una nodriza mercenaria, sino de una verdadera y cariñosa madre.

Apenas tenia dos años Isabel, cuando, no necesitando del líquido y natural sustento de la edad primera, fué restituida á la casa paterna, habiéndose acrecentado en este intermedio la intimidad entre los padres, y la familiaridad entre los domésticos. Contaba Don Diego entonces siete primaveras, y éste é Isabel era el idolo de ambas familias, pues por ser los mas tiernos merecian todas las atenciones, y eran el objeto de la predileccion paternal. Unidos ambos desde niños con un trato continuo é inocente, les animaba las mismas ideas y propensiones: un mismo móvil dirigia su albedrio, y el corazon de Isabel respiraba simpáticamente los mismos sentimientos que el de Segura. Trascurrieron los dias de la infancia en distracciones pueriles, y como nacidos el uno para el otro, eran impelidos por una secreta atraccion á reiterar las ocasiones de verse y complacerse mutuamente. Crecieron los años á par de la sensibilidad de sus almas, y aquel primitivo afecto y natural inclinación, fué adquiriendo diversas é indefinibles formas. El hijo del Citeres hirió de un solo tiro ambos corazones; se vieron transformados, y los cuidados del amor reemplazaron á los juegos de la infancia y á la envidiable paz que disfrutaban antes que el amor dominára en sus pechos. Siguieron por algun tiempo como embelesados en las mágicas ilusiones de una pasion que trasapaba ya los limites del afecto: ambos sentian iguales emociones, y ambos procuraban encubrir bajo el disfraz del disimulo é indiferencia los efectos uniformes que experimentaban sus corazones: reprimidos sollozos, involuntarias turbaciones y sofocados suspiros, eran el intérprete y el mudo lenguaje con que se comunicaban sus almas de un modo inesplicable; pero aquel silencio, aquel estado de violencia no podia ser de larga duracion. Resolvióse por fin Don Diego en manifestar á Isabel la situación en que se hallaba, y favorecido una tarde de la oportunidad, la declaró abiertamente su amor y honestos designios, sincerados con el sagrado lazo del himeneo.

Ella entonces, coloreando como el carmin sus mejillas y con la modestia y candor que la era natural, le dijo: En vano procuraria ya ocultar la amorosa pasion que domina sobre mis potencias. ¡Te amo! ¡Te idolatro! Mi voluntad está pendiente de la tuya; estoy pronta á cumplirla, no contrariando á la de mi padre. El te aprecia como á hijo

propio, está penetrado de tus cualidades, y creo que aun habrá presentado nuestra reciproca inclinacion, y las miras de nuestra honesta correspondencia. No juzgo que pueda ofrecérsele alguna causa razonable para no acceder á nuestros puros deseos; pero, ¡ah! no sé que oculto presagio hace latir mi corazon!» «¡Qué! la contestó con sorpresa Marcilla, ¿recelas algun obstáculo que sea poderoso á impedir nuestra futura felicidad? No hay antemural para el verdadero amor, y en su balanza no prepondera ningun humano respeto á la constancia de un sincero amante.» «La mia, repuso Isabel, jamás vacilará.» Despues trataron sobre los medios de insinuar á Don Pedro el estado de su amor y legítimos designios, despidiéndose con juramentos de eterna fé.

Don Diego pasó á verse con su padre, á quien orientó por estenso de la situacion en que se encontraba; este señor, mejor conocedor del ascendiente del interés sobre el corazon humano, despues de una larga suspension, le dijo: tengo penetrado el caracter de Don Pedro; la vanidad es el único defecto que amancilla su reputacion, y el alto concepto que siempre me ha merecido su acreditada conducta; pero esta sola circunstancia me mueve á sospechar de su convencion. No ignoras que es poderoso, y que sus intereses son escesivamente superiores á los que yo puedo ofrecerte, y siendo única Isabel...» Turbáronse las potencias del jóven, y las energicas espresiones del padre se imprimieron en su corazon como un funesto vaticinio, que la anunciaba la ruina del baluarte de sus esperanzas. Varias agitaciones le hacian fluctuar su entendimiento entre las olas del temor y la esperanza, y una penosa inquietud é incertidumbre prolongaban las horas de su destino. Al siguiente dia se dirigió á la casa de Don Pedro á quien por un favorable evento halló solo en su habitacion. Aprovechando la oportunidad, le declaró sumisa y brevemente su honesta pretension. Don Pedro se inmutó, quedó indeciso por algunos momentos, y rompiendo por fin el silencio, le contestó con espresivo ademan, é indicando visos de aprobacion: «Un negocio de tal naturaleza exige algun tiempo en su deliberacion: consultaré la voluntad de mi hija, y dentro de dos dias sabrás el resultado.

¡Qué alternativa de diversas imágenes asallaron aquella noche la fantasia de Don Diego! ¡Con cuánta ansiedad anhelaba la luz del dia en que debia decretarse su futura felicidad ó desgracia! Apenas se hallaba en pie por la mañana, se presenta en su cuarto un criado de Segura, y entregándole un billete cerrado, le dijo, «Mis señores se han ausentado de la ciudad; han sido invitados á disfrutar un dia de campo, y al tiempo de su marcha me ha dado mi amo esta carta para que os la entregue con sigilo.»

Un fatal vaticinio heló la sangre de sus venas. Rompe con impaciencia el noma y lee el contenido de la misteriosa carta, concebida sustancialmente en estos términos: «Carisimo Diego: el embarazo y rubor que me hubiera causado el hacerte personalmente una ingénuo declaracion de tal naturaleza, me ha obligado á escogitar este medio. He meditado con detencion tan honesta solicitud; nada hallo en ti que no te haga apreciable á mi vista; tus méritos y conducta ejemplar te hacen acreedor á la mano de mi hija; mas en la actualidad median otras circunstancias muy poderosas para mí. Isabel es todavia muy jóven, pues apenas cuenta diez y seis años, y es mi opinion que las doncellas jamás deben tomar estado antes de la edad en que la madurez del juicio dirige sus acciones y estén bien prácticas en el gobierno de una casa, y en disposicion de poder desempeñar debidamente los deberes de una madre de familia. No ignoras por otra parte la notable desigualdad entre la dote que tu padre puede ofrecerte y la que yo puedo mandar á mi hija

que siendo heredera de un pingüe patrimonio, puede aspirar á un ventajoso enlace que la coloque al nivel de las mas distinguidas de la provincia. Agradezco íntimamente tus atenciones, protestando que me es muy sensible en no poder complacerte adherir á tu sincera pretension. Sigue honrando mi casa con la acostumbrada satisfaccion y frecuencia, sin que mi premeditada respuesta sea causa de que padezca algun detrimento nuestra antigua amistad. Este comportamiento será para mi un testimonio que patentizará tu discrecion y prudencia, confirmandome mas en el alto concepto que en todo tiempo ha formado de ti tu amigo.— Pedro de Segura.

¡Infeliz Marcilla! ¡Un rayo no hubiera causado mayor estrago en su constitucion física y moral! Profirió mil imprecaciones contra el inicuo hado; maldijo la adversidad de su suerte, y la rabia se apoderó de todas sus potencias. Bien pronto aquellos movimientos de demencia y desesperacion se cambiaron en abatimiento y profunda melancolia. Retirado á su aposento, abandonado á sí mismo y combatido su espíritu por las repetidas olas del dolor, exclamaba á la vez: «¡Desventurado....! ¿eres aquel, se preguntaba así propio, que embriagado ha dos dias en ideas delicias te considerabas próximo á la eminencia de la felicidad? ¿Eres aquel que, creyendo como indefectible la posesion del objeto de tus ilusiones, te juzgabas el mas venturoso de los mortales, y el mas envidiable del universo? ¡y hoy miras ya con horror tu propia existencia, al verte destituido de la esperanza, y aun de toda idea que pueda serte grata en algun tiempo! ¡Oh inestabilidad de las prosperidades terrenas! ¡Vil ambicion! ¡vanidad insensata! ¿hasta cuándo has de dominar, sobre la tierra?»

Así daba algun desahogo á su atribulado corazon, en estas y semejantes exclamaciones exhalaba la pena que le comprimía, cuando una tenue vislumbre de esperanza desvaneci6 algun tanto el caos de abatimiento en que se hallaba. Un pensamiento terrible, pero lisonjero en aquellos momentos, ocupa de repente todas las facultades de su alma. Sumido en la meditacion de nuevos planes contradictorios, y en un estado indefinible, no habia salido en todo el dia de su estancia, pretestando una leve indisposicion; mas al declinar la tarde, supo que Don Pedro y su hija habian vuelto á la ciudad. Bien quisiera en el momento volar á su casa; pero sus umbrales, que antes le arrastraban cual una fuerza magnética, le infundia ya una especie de respeto y pavor: conocia, por el estado en que se hallaba, no podia presentarse con serenidad delante de Don Pedro, porque una desconocida y vergonzosa turbacion embargó todas sus potencias. Comisionó, pues, al efecto una hermana suya, íntima y confidenta de Isabel, para que la digese en secreto que á las once de la próxima noche le aguardase en la ventana baja del callizo. La hermana, que no ignoraba el actual estado de los dos amantes, desempeñó fiel y prontamente la comision conferida; y despues de una hora entró en su habitacion, y le dijo: «Hermano, he conseguido hablar á solas con Isabel, ha accedido á la cita propuesta, pues se halla en una penosa incertidumbre. Su padre la ha insinuado tu pretension, se la ha mostrado indiferente, y la ha confesado haber pretestado la ausencia de hoy para mandarte una contestacion por escrito, no diciéndola el contenido.»

Salió su hermana de la estancia, quedando Don Diego con nuevos motivos de desconfianza y perturbacion. Suena la hora indicada, y favorecido de la oscuridad de la noche, se dirige hácia el sitio prefijado. Cuando él llegó al callizo, ya le estaba esperando Isabel muy impaciente, y al reconocerle exclamó con agitacion: «¡Diego....! ¿cuál es el éxito de nuestra suerte?» «¡La eterna separacion! la contestó él con deses-

perado acento. ¡Tu inhumano padre ha decretado bárbaramente mi es-terminio! ¡No, no soy digno de ti...!» «¡Qué dices!» contesta Isabel con trémula espresion. Prosiguió Marcilla; «Aunque no se niega abier-tamente; aunque confiesa no hallar en mí cualidad alguna que no me haga acreedor á tu mano, espone ciertos inconvenientes, que en su con-cepto lo serán en la realidad, ó quizá estudiados pretextos; pero para mí, cualesquiera que sean sus miras, no es sino una manifiesta nega-tiva. La circunstancia de tu corta edad... ¡ah! ¡la de no igualarte en riquezas...! Si, esta es la que pesa en su preocupado entendimiento, y ambas son las que oponen á nuestro venturoso enlace.» Tranquilízate, interrumpióle la angustiada Isabel: tranquilízate; mi amor te lo suplica. Si en la primera insinuacion se ha negado mi padre en acceder á nuestra union, todavia restan otros medios de realizarlo. Él me ama entrañablemente, y no juzgo sea tan insensible que desoiga mis súplicas, y mire con indiferencia mis lágrimas. Yo interpondré todo mi ascendien-te; le indicaré la igualdad de tu nacimiento; le haré un debido elogio de tus cualidades personales; le manifestaré la sinceridad de nuestro mú-tuo amor; y si aun de esa suerte se presta terco y sordo á la voz de la razon, el recurso y proteccion de las leyes...»

«¡La proteccion de las leyes! la interrumpió él con admiracion, es un medio justo; mas desdice á los ojos del mundo, del decoro y deli-cadeza de quien mira el honor como prenda de suma estimacion. Otro medio y único se ofrece á mi imaginacion: supuesto que tu padre fanda su oposicion en la fatal circunstancia de no igualarte en bienes de for-tuna, yo los buscaré á costa de penalidades, y aun de mi existencia, en el honorífico ejercicio de las armas. Un plazo de tiempo...» ¡Un pla-zo de tiempo! repite Isabel interrumpiendo la esposicion del plan de Marcilla. ¡Un plazo de tiempo...! no, olvida tan temerario proyecto, que el amor no exige tan costosos sacrificios.» «No, no hay otro reme-dio, la dijo. yo recorreré los remotos climas, ó surcaré los procelosos mares, sin que los mas inminentes peligros, ni el mismo aspecto de la muerte lleguen á intimidar mi corazon. A la mayor brevedad espondré á tu padre mi proyecto, y...»

Un grande estrépito resonó entonces en lo interior de la casa, y so-bresaltada Isabel, se retiró de la ventana, dejándole un dolorido *adios*. Se dirigió él á su habitacion rodeado de sombras lúgubres, mas pavorosas que las mismas tinieblas de la noche. Al otro dia por la tarde, cuando se hallaba mas entregado á sus melancólicas ideas, se presentó su her-mana, que con alligido acento le dijo: «He tenido ocasion de hablar hoy con Isabel, y ha versado nuestra conversacion sobre las pasadas y ac-tuales ocurrencias. Me ha hecho relacion de las conferencias con su pa-dre, y del resultado de vuestra entrevista nocturna. Sospechando sin duda Don Pedro la cita, estuvo vigilante, y habiendo entrado en el aposento de Isabel, la echó de menos, y se confirmó en sus recelos. Por el silencio de la noche pudo percibir el rumor de vuestra conver-sacion, y dirigiéndose con sigilo hácia la ventana por un secreto pasa-dizo, dió con una tabla, que cayendo sobre un escaño, ocasionó el ruido que motivó la súbita separacion. Al encuentro de su hija se mos-tró Don Pedro sumamente colérico, y la reprendió con severidad de atrevida é indiscreta. Esta mañana la ha llamado á su habitacion, y aparentando ternura y sinceridad, la ha ponderado con energía los mo-tivos de su oposicion; ha interpuesto su autoridad, y ha tocado todos los resortes de la persuasion para obligarla á desistir de la ejecucion de tan desigual himeneo. La infeliz Isabel ha hecho á su padre las mas prudentes reflexiones; le ha dirigido súplicas; ha derramado lágrimas; sin

omitir cuanto tiene de mas persuasivo el amor filial; pero todo ha sido infructuoso. ¡Está anonadada ¡está inconsolable...!»

Retirada su hermana, se reclinó despavorido sobre el solitario lecho: huye el sueño de sus párpados, y las turbulentas imágenes que alternan en su triste fantasía, no le permiten un momento de reposo; pues así como el furioso soplo del viento septentrional disipa la ligera nube, formada por el influjo de los primeros rayos del sol sobre el vértice de un elevado risco, no de otra suerte la narracion de su hermana desvaneció las reliquias de sus esperanzas, y así es, que pasó la noche en inesplicables inquietudes.

CAPITULO II.

Don Diego Marcilla solicitó de Don Pedro Segura un plazo de cinco años para casarse con su hija.—Convenio de Don Pedro.—Diálogo entre los dos amantes.—Amarga despedida de Don Diego con su familia al salir de Teruel para Zaragoza.—Se alista de voluntario Cruzado en Toledo.

Al día siguiente, cuando juzgó la hora mas oportuna, se resolvió Don Diego pasar á la casa de Don Pedro; corrió á su habitacion, le halló solo y le recibió con la mayor urbanidad, inspirándole su halagüeño semblante cierta satisfaccion y confianza. Despues del saludo ordinario, procuró rehacer su espíritu, y le habló en estos términos: «Señor, (pues me privais de la inefable dicha de llamaros padre), disimulad por esta vez la ingenuidad de mis espresiones, permitiéndome el dar un desahogo á mi contristado espíritu, al indicaros mi última resolución. Mi felicidad y la de vuestra hija depende de la legitima union de ambos. Si la fátua vanidad del siglo, si el anhelo de acumular honores perecederos, si la insaciable hambre del oro arrastran al mísero mortal hácia su ilusoria brillantez, con no menor impulso le hostiga el amor, y le obligan á adoptar medios, por impracticables que aparezcan, hasta obtener el goce del objeto de su pasión. Si no hallais en mí otro borron que la pobreza; si esta circunstancia pesa tanto en vuestra consideracion, que no os permite acceder al consentimiento de nuestros honestos deseos, concededme un plazo de cinco años, en que militando contra los inicuos usurpadores de la patria, y bajo las banderas de sus fieles defensores, pueda adquirir en la guerra, teniendo propicia la fortuna, lo que me ha negado en el centro de la paz.

Quedó Segura sorprendido: el rubor y la confusion se vieron pintados alternativamente en su semblante, y despues de una momentánea detencion le dijo: «No me desagrada tan generoso proyecto; medita Diego, con reflexion el empeño, comunicalo con tus padres; y si Isabel se conforma, yo te aseguro mi palabra, y te prometo que sabré sostenerlo bajo la mas estrecha responsabilidad del honor.» Don Diego le contestó

con energía: «A la mia sale garante mi existencia. A vista de los obstáculos que habeis propuesto, ya he insinuado á Isabel el proyecto del plazo que solicito; mas complacedme en que sea testigo de la formalidad del convenio y si accede al empeño, prometiendo permanecer libre durante el tiempo estipulado....»

Accedió Don Pedro y llamando á su hija se presenta esta con la mayor puntualidad y sumision, humilde como la flor de la inculta playa: el rubor apareció súbitamente en su modesto rostro, y al encontrarse con Don Diego leyó en su semblante el vaticinio de su inmediata separacion. Su padre fué el primero que rompió el silencio de aquella muda y patética escena, y dirigiendo la palabra á Isabel, la dice con tierno ademán: «Hija estoy cerciorado de tu honesta pasion á Diego y de tu sincera correspondencia. Yo te he manifestado los poderosos motivos que me obligan en la actualidad á no condescender por ahora al himeneo; mas para que no los gradúes de pretestos, y para que Diego (mirándole con afabilidad) quede convencido del afecto y predileccion que mi amistad le dispensa, como tambien de la rectitud del objeto que me propongo en no acceder en la actualidad á vuestra union. Conformándome, pues, con tu pensamiento (dirigiendo á Don Diego la palabra) lo adopto en todos sus extremos; porque en esos cinco años....»

Un violento suspiro de Isabel hace suspender las sofisticas y meditadas reflexiones de su padre, cuyo discurso se dirigia á persuadir á los dos jóvenes de la conveniencia en la dilacion del enlace. Despues de algunos momentos de silencio, ya habia recobrado Isabel su natural serenidad, y disfrazando el padre con siniestra elocuencia las razones y argumentos en que apoyaba su opinion, prosiguió con la primitiva cadencia: los quiso hacer creer que en el hecho de no acceder entonces y si dentro de cinco años á que se casáran, era una prueba de que, como hombre de esperiencia, miraba con interés el porvenir de sus hijos. Se retiró Don Pedro á su próximo despacho, fingiendo algun negocio urgente, dejando en libertad á los dos amantes para que comunicasen sobre la discusion del proyecto. Luego que quedaron solos, Don Diego se dirige á Isabel y la dice con languida espresion: «Ya ves que tu padre insiste en su impenetrable dureza; ha adoptado mi proposicion, ambos hemos empeñado la palabra, y pasados dos dias....»

«¡Pasados dos dias! le interrumpió Isabel con desmayado tono. Pasados dos dias...! ¿Con que al fin esta decretada nuestra separacion? ¡Cinco años! ¡ay de mí! ¿Crees acaso que podré soportar tan duradera ausencia? ¡Bárbara suerte! ¡Tú te alejas de mí! Por mí corres gustoso.... ¿á dónde? ¡a los peligros...! ¡a una segura muerte! ¡No, no sea yo la causal! ¡no sea yo tu cruel homicida! ¡No te ausentes, Diego! ¡Olvidamel quizá...»

«¡No hay remedio! la contestó él, interrumpiendo sus dolorosas exclamaciones; el cielo me protegerá, y espero, si es de su beneplácito, que llegará el día de nuestra venturosa union.»

Estoy ya persuadida, dijo entonces Isabel, que te hallas resuelto en llevar adelante tu temeraria empresa; si está predestinada nuestra separacion, ¡cúmplase la voluntad del Eterno...! Si acaso puedo sobrevivir á tan terrible golpe, protesto ante todo el orbe, que sabré conservar mi amor con la misma actividad y pureza que se abriga en mi desfavorido pecho. Ningun mortal, nadie sino tú llegará á poseer mi corazon; y si la parca cortase el hilo de mi vida, no por eso será poderosa á extinguir las impresiones de mi amor. ¡Si! yo le conduciré mas allá del sepulcro, y tu imagen quedará sellada en mi alma con la inmortalidad...! Una gracia solicita mi amor: ¡que no te despidas de mí! ¡quizá mi repentina muerte frustraria el objeto de tu ausencia! ¡Adios... para siempre....»

Cubre su descompuesto semblante, y lanzando un pavoroso grito, arrojado por el intenso dolor, se reclina sobre una silla privada de sentido. Don Pedro se presentó precipitado, llama en su socorro á los criados; quienes la conducen á un aposento inmediato, apartándola de la presencia de Don Diego, el que quiere correr hácia ella; mas persuadido este que si llega á oír sus palabras, se ha de agravar la causa, se retiró á una habitación baja de la casa, y allí permaneció hasta que supo por un criado que Isabel se hallaba ya muy aliviada. En seguida, aquel jóven, con la mayor pena se dirigió á su casa, resuelto á no volver á pisar los umbrales de la de Segura sin ver realizado el objeto de su penosa ausencia. Inmediatamente manifestó á sus padres el formal convenio con Don Pedro, y la precision de su pronta marcha. Tocaron todos los resortes para disuadirle de su resolucion; apuraron todos los recursos de la ternura, lloraron, declamaron contra su temeridad; pero todos sus discursos se inutilizaron, y sus esfuerzos no surtieron efecto alguno.

El padre, convencido de la resolucion de su hijo, le dispuso un elegante caballo con el competente equipo; además le proveyó de una completa armadura que conservaba de su hermano mayor, quien habia militado desde la conquista de Teruel hasta la de Cuenca, restaurada por Alonso VIII, y quiso que el sobrino vistiese las lucientes armas de su difunto tío. Ya se aproxima la aurora y el terrible momento en que debia separarse de los caros objetos que le rodeaban. Llega por fin el tremendo instante: tiende los brazos á sus inconsolables hermanos, estrecha en su corazon á los angustiados padres, y recibiendo su paternal bendicion, salió de Teruel á los primeros crepúsculos del dia, dirigiéndose á Zaragoza, y tan pronto como llegó á esta ciudad, escribió una carta á Isabel, en la que la exhortaba á la resignacion, y la inculcaba la constancia; se cercioró de la invitacion del Rey de Castilla para la nueva guerra contra los feroces africanos, y aprovechando tan ventajosa oportunidad, se puso luego en camino para Toledo, donde se alistó bajo las invencibles banderas de Alonso VIII entre el número de voluntarios cruzados.

CAPITULO III.

Alianza de los reyes de Aragon y Navarra con el de Castilla para batir á los moros. — Batalla en las Navas de Tolosa. — Marcilla salva la vida al conde Haro. — Conquista de la ciudad de Ubeda por los españoles. — Marcilla es nombrado capitán de caballeria. — Regreso del rey de Castilla á Toledo, y el de Aragon y de Navarra con sus respectivas tropas se vuelven á sus reinos.

En el siglo XIII, cuando dominaban algunas provincias de España los sarracenos, estos proyectaron apoderarse de la mayor parte de los pueblos de la Peninsula, haciendo grandes preparativos de guerra y

reuniendo muchos batallones y escuadrones de moros. Orientados los príncipes españoles del horrendo designio de aquellos bárbaros, entablan una alianza á vista del inminente peligro que corría la patria. Pasó Don Rodrigo á invitar á los reyes de Aragón y Navarra para la nueva guerra; obtiene del pontífice la indulgencia de la cruzada, y se señala á Toledo por punto de reunion y plaza general de armas. Concurrieron los indicados reyes con numerosos batallones, agregándose un gran número de cruzados de Mompeller, la Provenza y otros puntos. Organizase un brillante ejército; activamente se hacen los preparativos para la grandiosa expedicion, y se efectuó la marcha hacia el reino de Jaen, en busca del orgulloso enemigo. Colocado Don Alonso, rey de Castilla, á la cabeza del ejército aliado, dirige las numerosas huestes con el mayor orden, llegando con sus fuerzas al pie de Sierra Morena; pero sabedor de la posicion que ocupaba el enemigo, consultó con los mas instruidos oficiales sobre el paso de Losa, y convinieron unánimes en que interesaba muchísimo avanzar á todo trance hacia la altura de la sierra, para precaverse del riesgo que corrían si la vanguardia enemiga llegaba á ocupar las eminencias que dominaban el camino, antes del ascenso de los aliados.

Preséntase entonces un robusto pastor bien práctico en las fragosidades del terreno, y ofrece al rey conducir á una division hasta la cumbre de la sierra por rodeos desconocidos. Fiado Don Alonso en la indudable candidez y fidelidad del presentado, accede al difícil proyecto, y pone á la cabeza de algunos batallones, al conde Don Diego de Haro, señor de Vizcaya, emparentado con los reyes de Castilla, muy señalado en el ejercicio de las armas y distinguido en hazanas militares; este sigue constantemente las huellas del rústico conductor: se interna la columna por las estrechas y casi intransitables gargantas de la sierra; penetra por entre breñas; pasa profundos desfiladeros, y consigue por fin ocupar la altura del puerto. La bandera española ondea ya sobre la cumbre del empinado risco, y es la contraseña para el avance del ejército, que bien pronto se incorpora en las eminencias de la sierra. A larga distancia se descubren los reales del enemigo. Los leales se adelantan por las llanuras de las Navas de Tolosa, y siguen sin interrupcion la marcha hasta la distancia de media legua del campamento mahometano. Revestido el rey Don Alonso de su valor, corre por delante de las filas, sosteniendo con su robusto brazo el estandarte español, sobre el que se ve elevado el signo de la redencion, y es el símbolo de la victoria. Con la energética elocuencia de un entusiasta conquistador, arenga á las tropas, les recuerda sus sagrados deberes, y les pone en paralelo las ventajas de la victoria con los inevitables males que ocasionaria á todo el reino la pérdida de la accion.

Ya las numerosas huestes se ordenan en forma de batalla: la division de la vanguardia, al mando del conde de Haro, se componia de navarros, aragoneses, muchos cruzados que voluntariamente se habian agregado (entre estos se hallaba el joven de Teruel Don Diego Marcilla), y de lo mas brillante del ejército. Los caballeros templarios, con los restantes órdenes y milicias sagradas, ocupaban el centro; los reyes de Aragón y Navarra formaron los costados, y el supremo caudillo con muchos prelados componia la retaguardia y division de reserva. Vense tremolar en el campo de Marte las banderas españolas, y á la voz de viva España, que se trasmite de batallon en batallon en todo el ejército aliado, se ve pintada la inquietud y el entusiasmo en los semblantes de los defensores de la legitimidad.

Adelántase por la derecha un numeroso escuadron de caballería sarracena;

y el conde Haro observa las operaciones del enemigo, avanza con otro escuadrón, y colocado á su cabeza, presenta el primero su sereno pecho al filo de los alfanges africanos. Entusiasmado y enardecido se abalanza sin prevision del peligro, seguido de algunos valientes; pero inferiores en número, y Haro se mira en breves momentos cercado de feroces árabes y muy próximo á perecer; mas el jóven cruzado Marcilla al ver á su gefe en tan eminente peligro, corre con la impetuosidad del huracán en su fogoso caballo y su refulgente acero rompe el enemigo círculo, y arrolla á cuantos intentan interceptarle el paso. «¡Barbaros! exclama. ¡Deteneos, infames!» Y á su voz, á manera de horrisonante trueno, hace estremecer á los musulmanes, y logra poner en salvo al valeroso conde, retrocediendo ambos precipitadamente algunos pasos hasta incorporarse con los valerosos cruzados que corrian en su socorro. Parece al comandante vizcaino haber despertado de un funesto sueño; se ve libre del fatal peligro; cree haber sido protegido milagrosamente, y alzándose la visera, se dirige á su libertador y con una mirada de cordial gratitud, exclama: «¡Angel tutelar! ¡Inclito jóven, te debo la vida...! Las circunstancias críticas no permiten expresarte mi reconocimiento... ¡no te separes de mi lado!»

Resuenan las encorvadas trompetas; dase la señal general del ataque; abanzan ambas vanguardias; carga la fuerza de ambos ejércitos, y se empeña la mas terrible y sangrienta batalla. A poco empieza á balancear el espíritu de los musulmanes; se ven estos envueltos de espirantes y cadáveres; y la sombra del terror se apodera del resplandor de las medias lunas. Vuelve grupa la caballería morisca, se introduce el pavor, la confusion, y el desórden en el ejército africano, que aterrados, desconocen á sus gefes, y á la fuga sigue la destruccion de los hijos de Alá. Ya no es dudoso el éxito de la batalla, persiguen los españoles á las incompactas ordas de los fugitivos africanos, causándoles en su retirada una espantosa mortandad; y de este modo queda el campo por las tropas de Don Alonso VIII, y las sienes de este monarca se coronan con el laurel de la mas gloriosa victoria el dia 16 de Julio de 1212, que fué dada esta memorable batalla en las Navas de Tolosa.

Los reyes aliados, despues de muchas congratulaciones de regocijo, se retiran á las suntuosas tiendas que habian abandonado los agarenos, ocupando Don Alonso la que habia sido del soberbio Miramolin, adornada de costosos tapices y colgaduras de carmesí al gusto morisco. El conde Haro tomó su alojamiento en su pabellon contiguo al del monarca castellano, y apenas habia desmontado, dirigiéndose á su libertador, le dice con enagenamiento: «Llega, á mis brazos, inclito guerrero, permíteme el estrecharte en mi corazon, y sepa yo á quien soy deudor de mi existencia (le abraza): mi gratitud será eterna, y la patentizaré remunerando tan heróico esfuerzo en cuanto esté al alcance de mis facultades: ardo en deseos de saber quién eres y los motivos que te hayan movido á prestarte voluntariamente á tan peligrosos servicios. Cualquiera que seas, te has hecho acreedor á toda mi gratitud, y á las atenciones del soberano, que sabedor de tu heroismo en esta jornada, remunerará tu distinguido valor, tan oportunamente empleado, y los señalados servicios que has prestado hoy á la afligida patria, cooperando al glorioso triunfo que ha decidido de su suerte, y la ha puesto en salvacion en los mas criticos momentos de su inminente destruccion.»

Don Diego Marcilla oyó al conde con el mayor júbilo y satisfaccion, diciendole: «Señor, yo libré la vida á quien debía conservarla; fué un

deber esponder la mia por salvar la vuestra; siendo tambien para mí la mayor recompensa la alegría que baña mi corazon por haber cooperado con mis débiles fuerzas al triunfo de la justa causa.»

Entonces un escudero del conde, llega á ofrecerles las preparadas viandas, y Haro tiene el dulce placer de dar por su propia mano al héroe los manjares que le sirven los solícitos criados. Concluida la cena salieron los dos á disfrutar un rato del fresco ambiente de la noche. Era la estacion del estío; minoróse gradualmente el confuso bullicio del campamento, y conduciendo el odorífero aroma de las flores del vecino valle, convida á unos á disfrutar del reposo, y á otros á exhalar sus cuidados en el silencio de la noche. Sentado el conde y su libertador en dos pequeños taburetes, cubiertos de terciopelo azul, á la entrada de la tienda mahometana, le dirige el primero estas palabras: «El obligatorio interés que me guía en tu felicidad, escrita en mi corazon un vehementemente deseo de saber la historia de tu suerte; la oportunidad nos favorece, y así espero me des una completa satisfaccion de todo cuanto haya motivado dejar á tu pueblo y parientes, suponiendo que los tienes, y el haberte presentado al servicio de las armas, persuadiéndome que tu espíritu padece, que tu corazon tiene algunas penalidades que te alligen, pues deseo aliviarlas en alguna parte, y me complaceré en mortificar mi debida gratitud.»

Animado el cruzado con el discurso y petición del conde, convencido de la confianza que le inspira su noble corazon, y el interés que habia tomado por él, satisfizo los deseos de Haro con la narracion de su funesta historia, sin omitir circunstancias alguna, diciéndole su nombre, sus padres, pueblo de su naturaleza y cuanto le habia sucedido desde su niñez hasta el día que se presentó voluntario al servicio del rey Don Alonso. Luego que terminó Marcilla su razonamiento, el conde, comprimido su pecho por los afectos de ternura, abraza nuevamente al guerrero y le dice: «Noble y generoso aragonés! víctima de la preocupacion y de la vanidad! Desde hoy empieza el cambio de tu suerte: tus méritos llegarán por mi conducto á noticia del rey; yo le interesaré en tu favor, y gozaré de la dulce satisfaccion de haber zanjado los primeros cimientos de tu futura felicidad.» Se introdujeron en la morisca tienda, y el sueño llegó en breve á apoderarse de sus cerrados párpados.

Al tercer día levantó los reales el ejército vencedor en direccion á Baeza; siguieron la marcha hácia la ciudad de Ubeda, dentro de cuyas fuertes murallas creyeron salvarse los restos del ejército agareno, persuadidos de que frustrarian las tentativas de los cristianos. Aparece segunda vez el géneo de la guerra con ensangrentado semblante, girando al rededor de Ubeda, cuyas altas murallas, se miran coronadas de armados africanos: estréchase el cerco, y los leales batallones acometen con furia, sin que la lluvia de saetas, ni las greves moles desprendidas á plomo, les impidan arrimar un gran número de escalas, que los impávidos iberos ocupan con indecible denuedo disputándose entre sí el primer ascenso de los muros.

El conde de Haro, que con su escuadron cubria la línea por la parte del Oriente, habia mandado poner fuego á la puerta mas inmediata de la ciudad, y á cuyo irresistible impulso cedieron muy luego las trabazones de la puerta. Colócase á la cabeza del escuadron, y Marcilla, encendido en el mayor entusiasmo ocupa la izquierda del campeón vizeaino, penetran por entre las llamas, y á poco logran apoderarse de la puerta, causando una horrosa mortandad en los musulmanes que custodiaban aquel punto. Iguales prodigios de valor se veian en toda la

circunferencia, pues habiendo cargado el número de los fieles por la parte del Occidente, consiguieron escalar la muralla, y los reyes confederados tienen el dulce placer de ver clavado el pendón de la cruz sobre las encumbradas almenas. Ya los mas alentados corren por las calles de la ciudad; interin unos se apoderan de los torreones, otros corren á desguiciar las puertas de la ciudad para facilitar la entrada á sus compañeros. Entretanto, el escuadron de caballería que mandaba el conde avanzaba por el centro de la ciudad; Marcilla se separó del lado de su gefe en lo mas intrincado de la pelea, perseguia con enardecimiento á dos montados africanos, que á la embocadura de un calizo habian hostentado animosidad, pero las tortuosidades de una larga calle favorece á los musulmanes para eludir el golpe de su perseguidor. Marcilla los pierde de vista, párase de repente, reflexiona sobre su situacion, advierte el peligro que corre, considera que puede ser acometido por algun grupo de moros fugitivos, y resuelve regresar á incorporarse con sus compañeros de armas. Oye á corta distancia una confusa griteria, y revestido de su innato valor, corre veloz en busca de nuevas glorias: se dirige hácia aquella parte, y á poco se halló á la entrada de una estensa plaza, en cuya estremidad descubre un numeroso peloton de armados sarracenos, á quienes hostiga la caballería de los cruzados. Reconoce al conde, y en seguida vuela á incorporarse á su escuadron, ayudando á arrollar á los fugitivos musulmanes. Ríndese por fin la ciudad, y el ejército vencedor ocupa ya las fortalezas, quedando en su poder un considerable número de prisioneros.

La noche habia tendido su negro manto bajo las bóvedas celestes, y retirados el conde y Marcilla á su destinado alojamiento pueden ya respirar con tranquilidad de las fatigas de tan gloriosa jornada. Al otro dia, como á las once de la mañana, pasó Haro al aposento de Marcilla, y exclama con placentera agitacion. «Fausto dia! ¡mil parabienes amigo Diego! ¡apenas puedo conocer el excesivo júbilo que baña mi corazon! Tengo el inefable placer de comunicaros una nueva, que no puede dejar de seros de suma complacencia, y cuya comunicacion recibireis como un testimonio de mi debida gratitud. En esta mañana ha convocado el rey de Castilla en anuencia del de Aragon y Navarra, á todos los gefes del ejército, para tributarles en nombre de la patria las mas rendidas gracias, y despues de mútuas congratulaciones de exaltacion y regocijo, favorecido yo de la oportunidad, he logrado hablarle á solas con la satisfaccion que me dispensa la amistad y su condescendiente carácter. Le he hecho el verdadero elogio de vuestro heroismo; le he indicado en compendio el objeto de vuestro alistamiento bajo sus reales banderas; os he confesado en su presencia por mi libertador, esponiéndole los pormenores del primer encuentro en la gloriosa batalla de las Navas de Tolosa, y por fin le he manifestado el comportamiento y valor que os singularizó ayer en la toma de esta ciudad. El rey me ha escuchado con admiracion y placer, y para patentizar su soberana gratitud y compensar vuestros servicios, ha tenido á bien nombraros capitán del segundo escuadron de la division de la vanguardia. Me ha ordenado os tribute en su nombre afectuosas gracias, diciendo sois acreedor á una absoluta recompensa y digno de un honorífico retiro; pero que la patria en tan aciagas turbulencias necesita de campeones, que á su probidad añadan el valor mas decidido.» Marcilla queda enagenado y el alborozo que apenas cabe en su pecho, le impide el manifestar con palabras la expresion de su agradecimiento; mas despues de unos momentos respira por fin, y dirigiéndose al conde, le dice: «Me reconozco indigno de la atencion y munificencia del monarca, y del singular interés que habeis

tomado en labrar mi felicidad. Nada puedo ofrecerles sino un corazón penetrado de inmortal gratitud.» Al tercer día debía el conde visitar al rey de Castilla para recibir algunas instrucciones, y á su despedida le entregó el real nombramiento de Marcilla, con cuyo despacho fué al punto reconocido por capitán de caballería con universal aceptación.

Una fatal incidencia detuvo el rápido curso de las victorias, y obligó á los aliados monarcas á suspender las gloriosas conquistas. Las huestes españolas, enriquecidas con los despojos de los vencidos hijos de Alá, se ven en la precisión de regresar á países mas templados que los que hacia en Andalucía. Empréndese la marcha hácia el reino de Castilla; se separan los reyes de Aragón y Navarra con sus respectivas tropas, y Don Alonso VIII entra en Toledo, cual un triunfante conquistador, entre populares aplausos y generales aclamaciones.

CAPITULO IV.

Es nombrado Marcilla para pasar á Francia á pelear contra los albigenses, de cuya expedición consiguió premios y condecoraciones. — Escribe desde Toledo á sus padres, á Don Pedro y á su amada Isabel. — Vuelve á la guerra contra los moros, y estos le cogen prisionero en la inmediación de Baeza. — Situación de Isabel en Teruel. — Su padre la lleva á Zaragoza. — Vuelven á su casa, y despues de algunos meses la obliga que falte al juramento y promesas que habia hecho á Marcilla.

El rey de Castilla se hallaba en relacion con Inocencio III, supremo Pontífice de la iglesia, á quien consultó deseaba pasar á la provincia de Langüedoc, reino de Francia, con el objeto de exterminar á los muchos partidarios albigenses que allí habia. El prelado le concedió el permiso para que hiciese una expedición tan de su agrado, y el rey nombró á Marcilla jefe de la fuerza expedicionaria. Avisado el capitán cruzado de la orden del monarca, se dispuso para la marcha, y se cumplen al punto las soberanas disposiciones. Parten para Francia, salvan el Pirineo y en pocos días llegaron al Langüedoc, en donde ya se hallaban reunidos un buen número de cruzados italianos, alemanes y franceses que tambien fueron á pelear contra los albigenses. En las muchas batallas que les dieron, Marcilla se distinguió entre los demás guerreros, dando pruebas de su valor, y dirigiendo con el acierto de un veterano jefe las tropas que se le habian confiado. Despues de haber sofocado la rebelion de aquella provincia, se constituyeron á la corte castellana; y enterado el rey Don Alonso del comportamiento de Marcilla-

lo hizo llamar, se le mostró muy complaciente y agradecido, remunerándole con gratificaciones sus nuevos servicios, y condecorándole con honoríficos distintivos.

Tranquilo Marcilla, determinó escribir á sus padres, á Don Pedro Segura, y separadamente á su idolatrada Isabel: manifestó en sus cartas cuan favorecido habia sido de la fortuna; los prósperos resultados de sus dos expediciones; el alto concepto que se habia merecido de sus gefes y compañeros de armas; la importante circunstancia de haber sido agraciado por el mismo soberano con el nombramiento de capitán y con otras distinciones de honor. En la dirigida á Isabel la consolaba con lisonjeras ideas de esperanza; la alentaba á la resignacion y la recomendaba la constancia durante el tiempo de la penosa ausencia. Con cuánto gozo y cuán lleno de satisfaccion comunicaba Marcilla á sus padres y á su amada Isabel estas noticias; pero no tardó mucho en cambiarse la suerte de este virtuoso y valiente jóven pues pasadas algunas semanas ocurrió que, recelando el rey Alonso de que los moros se estendiesen hasta el centro de la Península, reúne las fuerzas disponibles, forma un regular ejército, y sale de la corte hácia las fronteras de Andalucía, llevando en su compañía al conde de Haro y al capitán Marcilla: atraviesa las llanuras de Tolosa, teatro de sus inmortales triunfos, llegando á las inmediaciones de Baeza, cuya numerosa guarnicion de sarracenos, ofrece una vigorosa resistencia.

Pónese cerco á la ciudad; se intentan varios ataques de asalto por los puntos que parecian menos fortificados; pero se inutilizan las mas acertadas maniobras. El rey insiste con constancia en el asedio, y al tercer dia se dá la señal en toda la línea, se ataca en todas las direcciones con esfuerzo; pero los sitiados sostienen con teson los elevados muros, y los sitiadores se convencen de la imposibilidad de la empresa. La falta de víveres, y la noticia de un considerable refuerzo de mahometanos que venian de Córdoba en favor de la guarnicion de Baeza, entibió el ardor de los leales, viéndose en la precision de abandonar el cerco, y emprender una pronta retirada, la cual verificaron sigilosamente la noche inmediata. El gefe Marcilla habia quedado con su escuadron á la vista de Baeza, ínterin desfilaba el ejército y se ponía en ordenada marcha, y atalayando las operaciones del enemigo. Sabedor el rey Sarraceno por el aviso de un espía, de la retirada de los españoles, y que solo un escuadron habia quedado en el campamento, dispuso secretamente la salida de una crecida columna de infanteria y caballeria para cortar la retirada á los que no podian tener socorro del ejército de Castilla. Las disposiciones de Mahomad, por desgracia, surtieron efecto, pues cuando Marcilla mandó desfilár á su gente, apenas habia descendido de la toma y se habia internado en la campiña, advierte un confuso rumor, retirase un poco del camino, crece el sordo murmullo y se realizan sus temores: al débil resplandor de la luna observa el reflejo de los desnudos alfanjes; y al ver esto exclama: «los moros! los moros! cruzados, union!..» Ordénase el escuadron de los cristianos, y con el mayor ánimo y valor se preparan á la defensa; pero en pocos minutos se ven cercados de innumerables enemigos. No por esto desmayan los cruzados, y acometiendo intrépidamente, causan un considerable destrozo en los musulmanes; Marcilla elige los puntos mas peligrosos: derriba á los dos primeros bárbaros que se le presentan, repite destrozadores golpes; quíebrasele la espada, le rodea una muchedumbre, cae su brioso caballo traspasado de una lanza, y el infeliz Marcilla, indefenso y falto de todo socorro, mira ya como cierta su muerte; pero el comandante de los agarenos, esperando la futura gloria que debe resultarle en presentar

por trofeo de la victoria al valeroso caudillo de los cristianos, le conserva la vida, hace que le aten fuertemente y le conduce á la ciudad entre una grande escolta.

Dos cruzados, de los pocos que se salvaron en la fuga, habiendo llegado á la retaguardia del ejército, refirieron al conde Haro el fatal incidente de la sorpresa. El conde, con interesante agitacion, les preguntó en seguida por el capitan Marcilla, y contestó uno, que difficilmente pudo haberse salvado por haberse metido en el mayor peligro á batir al enemigo. En segunda corre el conde á dar parte al rey Don Alonso del funesto acontecimiento, quien le oye con dolor; quisiera volar al socorro de los cruzados, pero conoce que es ya tarde é imposible, porque era esponerse á mayores peligros, resolviendo continuar la marcha á la capital de su reino. Despues se trasladó este monarca á Burgos, en donde le asaltó una mortal dolencia, que le condujo en breves dias al sepulcro, habiendo fallecido en Carri-Muñoz, año de 1214.

Luego que el gefe de los musulmanes llegó á Ubeda con el prisionero Marcilla, lo llevó á la presencia de Mahomad Zeyt, quien despues de enterado de los muchos moros que habian perecido en la última refriega, y que lo habia causado la pericia, valor y direccion del gefe prisionero, jura por Alá ejecutar en él el mas ejemplar castigo: levántase furioso, echa mano al alfange, prorumpe en mil execraciones contra los cristianos, y quiere satisfacer su furia regando el pavimento con la sangre del español; mas en medio de su cólera, se contiene, porque cuenta, que conservándole la vida, algun dia hará un ventajoso cange con los cristianos que retenian á algunos moros de alta categoria. Mandó que se asegure al importante prisionero, y despojado Marcilla de la cota é insignias, es conducido á un tenebroso calabozo de la fortaleza principal. Por fortuna habia dejado Marcilla á la custodia de un amigo comerciante de Toledo los despachos de su rey, las preciosas joyas que le cupieron en la victoria de las Navas y toma de Ubeda, con doce mil reales en oro. Un bárbaro moro, mas feroz que las fieras, era el encargado de la custodia del cautivo, y de conducirle el mezquino alimento que diariamente le presentaba. ¡Qué ultrages, menosprecios y sarcasmos no recibia el prisionero español! ¡Ah! no era digno de tan lamentable suerte; pues sufre constantemente los trabajos como enviados de la providencia, y esta idea le llena á la vez de inefables consolaciones, que le mueven á bendecir la mano que le ha colocado en tan afflictiva situacion.

Isabel entre tanto, ignorante de la suerte de su idolatrado Diego, vivia con el mayor quebranto y amargura, sin que el menor placer hubiese experimentado en tan dilatado intervalo. Se hallaba abismada continuamente en melancólicas meditaciones; su exaltada fantasia le representaba á la vez la imágen de Marcilla bajo diversas actitudes; pero todas fúnebres, todas dolorosas: ya le veia cual náufrago en la deshecha tempestad, batallando con el implacable elemento, sumergido en las embravecidas olas, invocando su nombre, y tendiéndole sus fatigados brazos en la despedida de la eternidad. Ya le miraba cercado de los alfanges africanos, ó tendido en los desiertos páramos, cubierto de heridas, nadando en su sangre, y llamándola en las mortales agonías. Su imaginacion, ulcerada con la fantástica presencia de tan lúgubres imágenes y espantosos espectros, la representaban ideas de terror y objetos de desconsuelo. Melancólica Isabel, ansiaba la soledad y el retiro, para entregarse á la memoria de su acerba suerte; pero aun este imaginario lenitivo le era negado en la sociedad: su hermosura tomaba gradualmente un irregular incremento; pero el dolor la eclipsaba,

y su semblante se veía impreso con los caracteres de una devoradora tristeza.

Don Pedro, que amaba á su hija, no perdonaba medio ni omitía diligencia en apartar á Isabel de sus penosas cavilaciones, procurando distraerla con paseos, visitas, festines y todo género de diversiones; pero había perdido la tranquilidad del espíritu, y huyeron con ella los encantos de otros tiempos: en la ausencia de su querido Diego, ningun objeto llamaba su atencion, todo le era indiferente menos sus tristes recuerdos. Sus gracias, su dulce trato, finos modales y todo aquello que constituye la amabilidad, é impera sobre el albedrío, la atraian aun mas que la calidad de su esfera y el brillo del oro, una multitud de adoradores, que á porfia la tributaban incienso, la rendian vasallaje y se esmeraban en grangearse sus atenciones. Rodeada de fausto, complacida de los criados ó domésticos, y obsequiada de las principales familias de Teruel, miraba todas estas circunstancias como un peso que gravitaba sobre su existencia.

Advirtiendo el padre que la tristeza de Isabel progresaba hácia el abatimiento, y previendo ulteriores resultados en el quebranto de su salud, dispuso llevarla á Zaragoza prestando haberle escrito un tal Don Tadeo Ramiro, hijo único de Don Inocencio, poderoso comerciante y amigo antiguo de Don Pedro, participándole á este la muerte de su padre, y que tendria mucho gusto pasase por algunos dias á aquella ciudad, con el objeto de entender en la disposicion testamentaria del difunto. Con este motivo, y deseoso Don Pedro de sacar á Isabel de Teruel con el fin de distraerla con nuevos objetos, la participó su determinacion. La jóven Isabel, al principio oyó con indiferencia la noticia del próximo viaje; pero recordando luego que aquella ciudad habia sido habitada por su querido Marcilla en los primeros dias de la ausencia, halló en esta circunstancia un no sé qué de lisonjero. Advierte que acaso en aquella capital podrá indagar alguna noticia sobre la suerte de Diego, despues del regreso del ejército del rey de Aragon, y este ideal pensamiento excita en su corazon un nuevo interés, é indica á su padre la complacencia que la cabia en sus disposiciones.

Efectúase la marcha, y llegaron sin la menor novedad á la capital de Aragon, siendo recibidos por el jóven Ramiro y la madre política de este, con todas las demostraciones del regocijo y la amistad. Dos meses contaban de permanencia en Zaragoza, en cuyo tiempo fueron obsequiados padre é hija por Ramiro, pues siendo jóven apreciable en todas sus cualidades y relacionado con las principales familias de aquella ciudad, poseia todos los medios de proporcionar á sus huéspedes diferentes distracciones. Jamás habia experimentado las sensaciones del amor; pero cómo pudiera mirar con indiferencia las seductoras gracias de la encantadora Turolense. ¡Ah! ¡cuán pronto se considera transformado! Redobra Ramiro los obsequios; las demostraciones de urbanidad tocan los limites del afecto, y este los de una pasion amorosa; pero sabedor del compromiso de Isabel, y no pudiendo prometerse un feliz éxito en la esposicion de sus honestos deseos, los contiene en su pecho, sin atreverse á abrirla su corazon. La mudanza de aires, aguas, clima, ó mas bien la diversidad del trato social, habian influido visiblemente en la constitucion de Isabel; la melancolia, empero, jamás desalojaba su antiguo domicilio: no perdonó diligencia alguna en la indagacion del destino de su adorado; hace sigilosamente las mas vivas pesquisas: pero quedan infructuosas todas las investigaciones de su anhelante curiosidad.

Al ver Don Pedro el notable progreso de la salud de su hija y que le llamaban las obligaciones de su casa, resolvió restituirse á Teruel.

Noticia fué esta que le causó el mayor sentimiento á Ramiro, pues ya no pensaba en otra cosa sino en Isabel, y viendo tan próxima la separacion de quien tanto se habia apasionado, á pesar del recelo que tenia de no conseguirla por esposa, se determinó aprovechar la primer ocasion, y declaró á Isabel sus castos deseos; pero esta, sin vacilar un momento le contestó que agradecia muchísimo tan gran favor, porque no se contemplaba digna de un jóven de tan buenas cualidades como las de él; pero que ya sabia tenia empeñada su palabra con otro, y no faltaria á ella aunque perdiera la existencia. El dia antes de su salida de Zaragoza para Teruel recibió Isabel una carta de otro pretendiente, que era Don Andrés de Peralta, jóven apreciable, rico, descendiente de los Mendozas y Gimenos, y siendo huérfano de padre y madre, es árbitro de todos sus bienes; la ofrece cuanto posee, contemplándose el mas dichoso de los hombres si se viera con ella postrado en las aras del santuario recibiendo la nupcial bendicion. Don Pedro entró en el aposento de su hija al tiempo que esta ley la carta de Peralta: vió el contenido de ella, y despues de una breve pausa, la dijo: «Y bien, Isabel, ¿qué te parece? yo conozco á este jóven, es cierto cuanto manifiesta en este escrito, y sé que te conviene. Tambien sé que Ramiro anhela tu mano, ya has visto sus modales, su talento, posee muchas y buenas fincas y te quiere; yo que no te deseo mas que tu felicidad, quisiera que eligieras de los dos que te pretenden, al que sea de tu mayor agrado, porque cualquiera de ellos reúne circunstancias que son de mi satisfaccion. Miremos el negocio con la detencion que exige, creo debemos diferir la marcha, y...» «Amado padre! le dijo la doncella con ternura, seré invariable en la constancia; no os empeñeis en inútiles reconvençiones; solo anhelo la hora de nuestro regreso á Teruel.» «Pues bien, hija; partiremos mañana.» Dijo, y se retiró muy grave y displicente.

Al siguiente dia salen de Zaragoza para Teruel: siguen un próspero viage; habiéndose restituido á su natal domicilio, y Don Pedro, observando el casi total restablecimiento de su hija, se congratula interiormente del feliz éxito de la expedicion; pero le inquieta algun tanto la memoria de las lisonjeras y malogradas pretensiones de los dos jóvenes zaragozanos, tan análogas á las miras de su vanidad é interés.

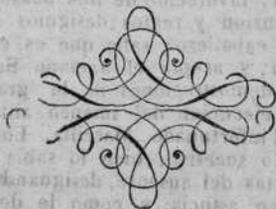
Trascurren algunos meses, en cuyo intermedio se vé la jóven Segura abrumada de obsequios, é implicada en nuevos empeños y solicitudes amorosas; entre los varios pretendientes, lo era un tal Azagra, jóven atento, gallardo y de interesante amabilidad: era hermano de Fernandez de Aragon, señor de Albarracin, gran privado de los reyes de Castilla y Aragon, célebre militar, varon de nombradía y suma reputacion. Este jóven, favorecido de una ocasion oportuna, manifiesta á Don Pedro su pretension y rectos designios. Escucha este con placer la esposicion de aquel caballero; sabe que es el inmediato sucesor del señorío de su hermano, y acepta el anciano Segura la pretension de Azagra con todas las demostraciones de la gratitud; y aun le ofrece reducir á Isabel á la ejecucion del imeneo antes de espirar el plazo de tiempo concedido al infortunado Marcilla. Los ascensos de éste y los que podia esperar en lo sucesivo, bien lo sabia Don Pedro, por haber podido ocupar las cartas del ausente, designando una secreta mano para apoderarse de ellas con astucia; y como le dominaba el interés y la vanidad estando persuadido que el enlace de su hija con Marcilla jamás pudiera llenar los vacios de su corazon, se dispone á hacer todos los esfuerzos para convencer á Isabel y que acceda á sus deseos. Entra una mañana en el retrete de la jóven, y con tierno y persuasivo acento:

«Hija mial la dice: me hallo en una edad avanzada, y el pensamiento de que puedo descender al sepulcro sin haber fijado tu suerte, me hace estremecer: yo te amo entrañablemente, y no dudo me complacerás, adhiriendote á mis consejos, en los que no me propongo sino tu felicidad y la ventura de tu porvenir. Ya han trascurrido cuatro años desde que Diego salió de la ciudad, sin que se haya traslucido en tan largo tiempo el mas leve indicio de su existencia. Si, hija, es mas que verosímil su muerte; y si no plugo al cielo vuestra union, todavia le tienes propicio, y te muestra otro camino para la felicidad. Azagra, jóven, y caballero digno de todo aprecio, te profesa la mas decidida inclinacion; me ha indicado sus honestos deseos, me ha pedido tu mano, y yo...»

No pudiendo la sorprendida doncella contener por mas tiempo la opresion de espíritu en que se halla, interrumpe á su padre en estos términos: «¡Amado padre! ¡perdonadme el sentimiento que puede ocasionaros una nueva é ingénuu declaración! Convengo en que Azagra es acreedor á mi correspondencia, y os protesto que le preferiria á cualquiera otro, si me hubiese olvidado de mis juramentos; pero mi voluntad no puede admitir otro amor, ni inclinarse á otro que á Marcilla, y en mi no cabe engañar á un padre, ni el entregar á un esposo un corazon que otro posee. Si vive Diego, puede ser todavia mi esposo; y si ha dejado de existir, debo honrar sus cenizas con la entereza de mis juramentos.

«¡Venciste al fin, ingrata! yo creia en tí mayor talento! la dice el padre bañado en lágrimas: viví en la persuasion de que me amabas, y he experimentado el desengaño en los últimos dias de la senectud. Tu imprudencia me abrirá la tumba, y entonces, huérfana...! ¡sin...!» «¡No, amado padre! le interrumpe Isabel ahogando el llanto sus palabras. ¡Primero sois vos! ¡muero yo antes mil veces...! ¡Yo os complaceré! ¡haré un sacrificio: pero permitidme al menos se cumpla el plazo prometido á aquel infeliz.»

Don Pedro no la dá contestacion alguna, y sale de la estancia, dejando á su hija en la crisis de la amargura; se congratula interiormente de la victoria, y en seguida participa á Azagra el alto concepto que ha merecido en la atencion de Isabel; le disfraza su firmeza, y le facilita la mas pronta ejecucion del himeneo.



CAPITULO V.

Fué trasladado Marcilla de la Prision de Ubeda á otra de la ciudad de Córdoba.—Lo que allí padeció.—Descubre estando en el calabozo una conspiracion contra Mahomad.—Este, agradecido, le pone en libertad, nombrándole de su servidumbre en palacio.—Luego le hizo ayo de Mahut, jóven de catorce años é hijo del mismo Mahomad.—Le manda á Marcilla que acompañe á dicho jóven hasta la ciudad de Salé, en el Africa.—Sufre una horrorosa borrasca en el mar.—Es preso Marcilla en Salé por la calumnia de una mora llamada Zara.—Logra su libertad por intervencion de otra de alta categoria llamada Orfelina.

Marcilla continuaba en la subterránea prision, sujeto á una pesada cadena, sin que pudiese concebir la mas ligera idea de su libertad, ni el mas pequeño alivio en sus penalidades. Mahomad Zeit determinó trasladarse á Córdoba, lo que verificó, llevándose al interesante cautivo: allí fijó el tirano monarca su corte y residencia, reteniendo en su palacio al héroe prisionero bien asegurado en un profundo calabozo. En los festines que el bárbaro celebraba para recreo de sus odaliscas, hacia aparecer al prisionero vestido de la armadura de cruzado, con el puño de su espada pendiente del cuello, y otras veces lo presentaba frente al haren, haciendo del varon fuerte y virtuoso un objeto de irrisión y vilipendio.

Siete meses se habian cumplido desde que trasladaron á Marcilla de la fortaleza de Ubeda á la prision de Córdoba, y entonces un imprevisto incidente llegó á alterar aquel equilibrio de amargura y resignacion. Manúz, comandante de los genizaros que componian la guardia del palacio, bajaba algunas veces al húmedo recinto del español prisionero en compañía del moro que hacia de alcaide; y un dia oye Marcilla cerca de la puerta del subterráneo un leve rumor de confusas palabras; acércase en cuanto le permite la longitud de la cadena que le sujeta, reconoce el acento del gefe, y aplicando el oido, solo puede distinguir estas misteriosas palabras: «El plan es grande, pero bien coordinado... un intruso...; Mahomad será decapitado...: todas las precauciones...: mañana... á la media noche...; toda la tropa; la puerta del jardín facilitará la entrada...» Y alejándose aquellos sujetos se fué disminuyendo gradualmente la voz.

Reflexiona Marcilla sobre las interesantes frases de Manúz, deduciendo de ellas la existencia de una secreta conspiracion contra Mahomad. Al siguiente dia desciende el moro á presentarle el ordinario alimento, y sin detenerse un instante se sale del calabozo distraido y con mucha

prisa; allí á un momento advierte Marcilla y ve un papel en el húmedo suelo, lo tómo llevado de la curiosidad, y á la escasa luz y como pudo lo leyó, por cuyo contenido se asegura que efectivamente tratan de asesinar á Mahomad. Queda suspenso por algunos minutos; advierte con prevision el riesgo que corre, y sin saber que hará en tan crítico apuro, despues de mil reflexiones, se resuelve ponerlo en conocimiento del soberano, para lo cual proyecta un fingimiento, que es hallarse gravemente enfermo y en lo último de su vida: lanza un penetrante grito de dolor, llega á los oidos del centinela de su prision, y descendiendo éste; «¿Qué se ofrece?» le pregunta con furor desde la escalera. «Me veo acometido de un repentino accidente, le contestó; debo la vida á Mahomad, y antes de perderla quisiera enterarle de una comision verbal que me confirió el rey de Castilla, y es de suma importancia para el gobierno de vuestro soberano. Llamadle al punto: concededme esta gracia, y estad seguro que el mismo Mahomad os lo agradecerá.»

Cierra el musulman la puerta sin darle contestacion. Despues de una hora suenan los cerrojos de la prision, y se encuentra Marcilla con Mahomad, que volviendo tras sí la puerta, se presenta solo, y con gravedad é iracundo aspecto le dice qué le quería? El prisionero en seguida le manifestó todo lo que habia oido hablar á Manúz, presentándole el papel que por descuido dejó caer hallí el alcaide. Acércase Mahomad al boquete, lee precipitadamente el contenido; pónese pálido y arrebatado de cólera, echa mano al alfange, leva los ojos hácia la bóveda, y esclama con furor: «¡Alá justo, favorecedme!» y parte con la celeridad de un rayo.

Bien pronto el eco de las trompetas, mezclado con el confuso estruendo de un alboroto popular, indica á Marcilla el efecto que ha producido su declaracion. Cesa despues de largo rato el estrépito universal; suena ruido de armas en el interior de palacio; despues fué disminuyendo hasta que ya nada pudo oír Marcilla. De allí á un buen rato suena la cerradura del subterráneo, y entra Mahomad vestido todavía de las insignias reales, acompañado de varios gefes que le habian sido fieles y algunos criados con hachas de viento encendidas, que iluminaron aquel lúgubre y oscuro aposento. «¡Te debo la vida, generoso jóven!» le dice con espresion de gratitud; manda que le quiten la pesada cadena, y conducirlo á su magnífica habitacion «Ya han terminado tus penalidades, desde este dia serás mi amigo.» Le propuso á Marcilla si queria renunciar espontáneamente de su religion y alistarse en las banderas del profeta, sería feliz: pero él, como verdadero y constante cristiano, le contestó con entereza: «Disponed de mi vida, seré un fiel esclavo vuestro, mas no puedo ni debo complaceros... mi religion... «Basta! síguela para tí.»

Desde aquel momento ha mejorado notablemente la adversa suerte de Marcilla: se le destinó al mas inmediato servicio de Mahomad, es el encargado de la custodia y aseo de los preciosos muebles del palacio, como tambien de los del servicio de la mesa. Solicito siempre en complacer á su señor, mereció captarse la voluntad y confianza del soberano de Córdoba: tanto que le nombró ayo de un hijo suyo llamado Mahut, que contaba catorce años. Mahomad dispuso enviar á dicho su hijo á Salé, antigua y fuerte ciudad de Africa, mandando al español cruzado le acompañara y cuidase durante el viaje. Triste nueva para Marcilla, porque el cambio de su suerte le habia hecho formar algunas ideas lisonjeras de conseguir la libertad por medio de algun canje; pero el mandato del soberano le obliga, aunque con pesar suyo, salir de España é ir

á la tercera parte del mundo. Salieron de Córdoba con pomposo aparato, con el designio de embarcarse en Málaga, donde se hicieron á la vela con viento favorable; pero hallándose hácia las costas de Berbería, de donde distaban pocas millas, y cuando ya era de noche, levántase el viento de levante y sufren una horrorosa borrasca, que estuvieron espuestos á perecer: aparece la aurora, y al mismo tiempo descubren las costas de Africa y un navio berébere á corta distancia, el cual acudió á salvar á los afligidos compatriotas que piden socorro.

Desembarcaron en las inmediaciones de Tanjer, y siguiendo por tierra firme la marcha llegan con prosperidad á Salé, donde se hallaba residente Abdalla, hermano de Mahomad, y por consiguiente tío del jóven Mabut: fueron hospedados en palacio, cuya llegada celebró Abdalla con mil demostraciones de regocijo en obsequio del sobrino procedente de España. Seguía Marcilla en la servidumbre doméstica, esmerándose en el desempeño de complacer á su jóven señor y al cadí su tío, de quien en breves dias se grangeó una particular atencion. Hallábase una noche en su estancia contemplando su adversa suerte, y en dirigir sus fervientes súplicas al Todopoderoso para que le concediese la libertad, poder volver á España y conseguir ver á su amada Isabel, cuando oye que Haman á la puerta, responde y la abre en seguida, encontrándose con Zara, jóven bien parecida é hija única de Talin, mayordomo de Abdalla, y esta mujer resuelta y determinada le dice: «¡Ah, apreciable y desgraciado español! disimúlame; no puedo encubrir por mas tiempo...: yo os amo... ¿no habeis advertido la violencia de mi corazon? ¡cuánto padezco...! vuestra suerte... la oportunidad...» El natural pudor de la apasionada é indiscreta Zara habia ya perdido todo su predominio, y entre interrumpidos sollozos de ternura le manifiesta abiertamente su imprudente pasion y criminales deseos. Marcilla revestido de un carácter severo, la hizo mil reflexiones y diciéndola que jamás condescendería á tan efímera solieitud; pero Zara insiste tanto, que le obligó á asirla de un brazo con esfuerzo y sacarla del umbral del aposento, cerrándose él la puerta por dentro.

Zara, al verse asi desairada, jura por el profeta vengarse del español. Al dia siguiente se presenta á Talin, su padre, diciéndole que el europeo Marcilla habia tenido el atrevimiento de seducirla, propasandose sin miramiento ni respeto alguno para obligarla a cediese á ser una obscena, y que se libró de él por oír gente que subia por la escalera. Talin, asi que concluyó de hablar su infame hija, colérico y furioso vomita imprecaciones y blasfemias contra los cristianos, quiere buscar á Marcilla para matarle; mas se contiene, acordándose el aprecio en que le tiene el cadí, y temiendo que este no daría ascenso á sus declaraciones, cuando regresase de Meckinez, ciudad del reino de Marruecos, donde hacia pocos dias habia salido con su sobrino. Calma algun tanto la furia del mayordomo; empero manda hundirle en una lóbrega mazmorra. Marcilla trata de persuadir á Talin, pero este desentendiende la protestaacion de su inocencia.

Hallábase á la sazón en Salé una mora principal llamada Orfelina, la cual habia estado en España por haber sido hija del gran privado del Califa, de quien obtuvo el mando de la ciudad de Ubeda y de su guarnicion. Esta mora se habia apasionado de un español, con quien estuvo en relacion algunos meses, y tenian proyectado casarse los dos, para lo cual habian de fugarse de Ubeda, á los dominios de los cristianos; pero se les frustró por haber perecido su amante en la batalla de las Navas. Orfelina habia salido del error de la falsa creencia, y abrazó la religion cristiana, que no podia profesar sino en el centro de su corazon.

Tenia, por lo tanto, mucha inclinacion y afecto á los españoles, que sabedora de la mala situacion de Marcilla, se propuso intervenir por él y hacer cuanto pudiera para conseguir su libertad. En efecto, dormia una noche Marcilla recostado sobre el grueso pilon en donde se hallaba sujeto de la cadena; al ruido de los cerrojos llega á turbar su triste y momentáneo reposo; despierta azorado, y mas cuando nadie acostumbraba á descender al subterráneo en aquella hora intempestiva; admirándose mucho mas al ver presentarse una mora sin nadie que la acompañara, con un candelero de plata en la mano: los topacios y rubies del turbante deslumbraban la vista del cautivo, y toda su vestidura le hace creer es de familia distinguida. «No temais español, le dice Orfelina con afabilidad: no vengo á causaros daño alguno, y os juro por el Dios de los cristianos que es muy diverso el objeto que me ha hecho venir á este horrendo albergue: quiero salvaros, tened confianza de mí y decidme cuál es la causa ó por qué os tienen tan cruelmente preso.»

Sorprendido Marcilla, con tan rara y extraordinaria visita y el interés que la mora se toma por él sin que comprenda el motivo, recela si intentarán fraguar su esterminio con alguna nueva traicion, y asi es que no sabe lo que ha de contestar. Orfelina repite sus ofertas, le hace relacion de sus amores con el español, da señas de algunos pueblos y cosas de España, particularmente de Ubeda donde residió mas tiempo en compañía de su padre, y entonces Marcilla, algun tanto animado y pareciéndole merecer la mora alguna confianza, la contó parte de su historia, y por último lo que le ocurrió con Zara, á quien atribuye el verse en aquel tenebroso sitio padeciendo sin causa. «Muy bien, le dice Orfelina, quedo enterada, á mi cargo queda poneros en libertad, y entre tanto que yo trabajo para conseguirlo, sufrid con resignacion los pocos dias que han de pasar. Constancia, yo os prometo la vuelta... ¡Adios!» Dijo, y dirigiendo sus pasos hácia la escalera, desapareció con la velocidad de la exhalacion.

Permanecia Marcilla en la lobreguez de la subterránea mansion, engolfado en las lisonjeras ideas que escitaran en su corazon las formales promesas de Orfelina. Veces mil bendice los inapelables juicios de la Providencia, rogándole enfervorizado la consumacion de la grata obra de su libertad, cuando á los tres dias, despues de anochecido, oye abrir silenciosamente la puerta de la prision; preséntase segunda vez su protectora, á quien mira como un númen de consolacion. «Vengo, le dice, en cumplimiento de mi oferta: mañana partiré para Meckinez en compañía de un hája en la comision de vuestra libertad, tengo un poderoso influjo con el soberano, y no dudo con mi solicitud será despachada en todos sus extremos. Hace dos dias ha regresado á esta ciudad el cadí Abdalla, á quien, antes de mi partida, le haré una insinuacion relativa á vuestro destino: recibid este pequeño don de mi eterna gratitud.» Y pone en manos de su protegido un bolsillo con doscientos cequies. «Ignoro, continúa Orfelina, la duracion de mi permanencia en la córte, y no se si os volveré á ver; pero tener por segura la libertad... ¡Adios...!» Marcilla procura detenerla, quiere espresarla su reconocimiento; pero la ninfa de Salé desaparece.

Al dia siguiente ya empezó á experimentar el preso las ofertas de su protectora, porque bajó el guarda al subterráneo, le quita la cadena y le comunica la órden del Cadí, para conducirle á su presencia; verificado, le recibe Abdalla con afabilidad, y le hace sentar á su lado, diciéndole: «Siento muchísimo que por mi ausencia haya ignorado lo que has estado padeciendo; Orfelina me dijo ayer noche, la causa, y parece

que no eres culpable en acusacion de Talin, ¿es cierto?» Marcilla le contestó la verdad íntegra de lo ocurrido, y dijo Abdalla: «La credulidad del padre y la malicia de la hija no quedarán impunes; no puedo persuadirme que el recomendado de mi hermano tuviese tal atrevimiento, y creo que me dices la verdad. Desde hoy te quedarás en palacio, podrás libremente pasear por la ciudad y acompañarme todos los días en la mesa; ahora retírate á descansar, que quiero te restablezcas de los padecimientos que has sufrido en el encierro.» En seguida le dió Marcilla las gracias por tanto favor, y Abdalla llamó á un criado para que acompañara al español á un aposento cómodo y con todo lo necesario para su hospedaje. Fueron en efecto, y le destinaron un cuarto muy bien adornado de colgaduras de damasco, buena cama y los demás muebles aparentes; tambien tenia vistas á los jardines del palacio para que le sirviese de distraccion; pero Marcilla, á pesar de la mudanza de situacion y el mucho aprecio que hacia de él el califa, su espíritu padecia, porque ignoraba cuando llegaria el día de su rescate para poder venirse á España, que era lo que mas deseaba; aunque por otra parte le consolaba la esperanza y no se apartaba de su memoria la oferta que le hizo al despedirse de él Orfelina con aquellas palabras, Tened por segura la libertad.

CAPITULO VI.

El Cadi de Salé comunica á Marcilla el indulto que le concede el Rey moro por la intervencion de Orfelina.—Se embarca para Portugal, donde llegó felizmente.—Emprende el camino por tierra firme para España.—Llegó á Toledo, donde adquirió los reales despachos é intereses que dejó en poder de un comerciante, como tambien una armadura de cruzado y la licencia para retirarse á su casa.—Toma un caballo y se pone en camino con direccion á Teruel.—Llega á la casa de sus padres en el dia mismo que se habia desposado Isabel con un tal Azagra.—Muerte de los dos amantes Marcilla y Segura.

Abdalla manda llamar á Marcilla y le dice: «Has de saber que por mediacion de Orfelina puedes contarte ya entre los libertos; así lo dispone el soberano: hé aquí su decreto. «El Cadi le entrega el documento de su libertad, en el que se encarga por adición á las autoridades no le molesten en su marcha, antes bien le dispensen todo género de proteccion. El español inclina la rodilla, sella sus labios en el precioso

escrito, y con el mayor enagenamiento esclama: «¡Señor...! ¡permítame besar la mano de quien recibo tan inefable dicha, ya que no puedo bañar con lágrimas de gratitud la que ha sellado mi venturoso!»

Estaba para hacerse á la vela una galera herébre para las costas del Portugal; y el nuevo liberto, para quien las horas corrian con tanta leentitud, manifiesta el Cadí la urgencia de su mas pronta marcha, y suplica se interese para ser admitido en la galera que iba á salir del puerto, lo que consigue con recomendacion especial. Se embarca, y siguiendo su curso sin contratiempo, á pocos dias descubre las costas meridionales de la Lusitania, y á su vista palpita el corazon del español entre conmociones de inesplicable alborozo. La galera entra en el puerto de Balsa (hoy Tabira, ciudad de Portugal); todos desembarcaron, y presentando Marcilla el gefe sarraceno de la guarnicion el documento justificativo de su libertad, le estiende este una carta de salvaguardia, para no ser interceptado en su marcha durante su tránsito por el territorio dominado de los africanos. Era la estacion de invierno, y á pesar de esto, al siguiente dia ya se hallaba Marcilla dispuesto á emprender su viaje por tierra firme, como lo efectuó solo y sin conocimiento del territorio hácia el interior de la península. Caminó algunos dias sin dejar de tener algunos contratiempos, ya por lo escabroso del terreno, ya por carecer de alimento y no hallar mediano albergue para hospedarse algunas noches, hasta que una tarde halló á unos caminantes que conducian géneros á Toledo, con quienes siguió su marcha hasta entrar en esta ciudad. Sin perder tiempo, ni detenerse en nada, porque cuarenta dias restaban para espirar el plazo de los cinco años de ausencia, y necesitaba aprovechar los instantes, se presentó en casa del comerciante á cuya custodia habia dejado los reales despachos, con las demas joyas y dinero que le confiara al tiempo de su vuelta á Andalucía; y el fiel depositario le entregó con puntualidad cuanto habia quedado en su poder.

A la sazón se hallaba en aquella córte Don Lope de Haro, hijo del difunto conde, á quien Marcilla habia salvado la vida en la célebre batalla de las Navas, quien ofreció al recién llegado todo su patrocinio despues de haberle recibido con las mas cordiales demostraciones de afectuoso júbilo y complacencia. Inmediatamente regaló á su amigo una completa armadura de cruzado, y vestido Marcilla de todas las insignias de capitán de caballería, apareció segunda vez dentro de los muros de Toledo, ostentando su primitiva marcialidad. Despues de satisfacer el capitán liberto el deseo de Don Lope con la relacion de sus trajicas aventuras, le indicó la solicitud relativa á demandar licencia para retirarse de la milicia con el grado y condecoraciones que exigian sus distinguidos servicios. El gefe Haro, que privaba intimamente en los diversos ramos del gobierno, tomó con la mayor actividad y empeño la comision y habiendo interpuesto todo su influjo y valimiento, logró ver despachada en todos sus extremos la demanda de su caro amigo.

Si las horas prolongaban su duracion para Marcilla hasta obtener la libertad, todavia le parece que pasan con mayor lentitud desde el anhelado momento en que puede partir para Teruel á poner á los pies de su adorada Segura los títulos y riquezas, cuya adquisicion fuera la causa de su ausencia y el blanco de todos sus afanes, como medio indispensable para el goce de su felicidad. Despídese del magnánimo Lope con la espresion del mas puro reconocimiento; apresta un caballo, y ya se halla dispuesto para emprender la marcha hácia Aragon. Amanece por fin la aurora, en que saliendo de los muros de Toledo, se pone en camino para Teruel, duplica las marchas, pisa ya aquel deseado territorio

y divisa á la distancia de una legua los elevados chapiteles de la ciudad, poseido de un enagenamiento indecible, recuerda el día en que habia salido de su patria, y advierte que regresa en el mismo en que precisamente finaliza el plazo de los cinco años.

Tocaba el sol la cuarta parte de su carrera diurna y queriendo Marcilla entrar de incógnito en Ternel, ha de aguardar á que sepulte sus rayos en el Océano. Retírase á una casa de campo inmediata al camino interin declina la tarde; y ya de noche prosigue su camino, dirigiéndose á la casa paterna. Llega pues á la puerta, y el relincho de un caballo llama la atención de los ancianos; se asoman en seguida, y ven á un capitán cruzado, á quien saludan con cortesía como á un alojado desconocido. «Padre miol esclama el guerrero: amada madre mia...» Los padres reconocen á su idolatrado Diego, y estrechandole con inesplicable conmoción, repiten alternativamente: «Hijo de mi corazón...! ¡Diego de mi alma!» Y respirando ya mas libremente: «Ya no existias para nosotros! prosigue el padre: cualquiera que haya sido tu suerte, vives; has vuelto á restituirnos la felicidad; pero ¡en un dia...! ¡ah, si supieras...!»

La última espresion ha sido para Diego un mortal dardo que ha penetrado su corazón; presiente un anuncio de amargura, y se prepara á recibir el golpe. Así es que en seguida dice á su padre: «¿Pues qué hay...? ¿qué ocurre...? ¿acaso ha muerto Isabel...? ¿se ha casado...? ¡adre, decidme luego lo que he de saber despues...! Yo voy á verla... quiero...! Vá á salir de la habitacion; pero los padres y hermanos le detienen, ocultándole por el pronto la verdad, mas él insiste y suplica que no le hagan padecer, que sea lo que quiera desea saber la novedad. El padre casi temblando, y despues de algunos rodeos le dijo: «Si, hijo mio, has acertado. hoy mismo se han celebrado los desposorios de Isabel con un tal Azagra!» Diego al oír estas palabras, retrocede algunos pasos, se desencajan sus facciones, se le despeluzan los cabellos, cae en el duro suelo, y á los violentos ataques de demencia sigue una espantosa inmovilidad. La familia toda se hallaba aturdida; pero no por esto dejaron de aplicarle algunos remedios, y á muy poco tiempo la razon fué adquiriendo gradualmente su predominio, diciendo y disminuyendo su dolor: «Mis queridos padres y hermanos! ¡enjugad esas lagrimas, sea todo placer, estoy á vuestro lado, y nada puede contristarme. Si la adversa suerte, si el cielo, por mejor decir, me ha denegado el goce de mis honestos deseos, prescribiéndome la eterna privacion de la compañía de Isabel, sabré inclinarme á la resignación!»

Les hace una relacion compendiosa de sus aventuras militares; preséntales el real despacho y documentos que testifican sus ascensos y honoríficos títulos, y pone en manos de sus padres las joyas y dinero que lícitamente adquiriera en los despojos de los enemigos. Todos derramaron lagrimas de dolor y placer, y terminaron esta patética escena, persuadiéndole de la invicta y bien notoria constancia de Isabel en negarse á las repetidas pretensiones de tantos jóvenes de méritos que habian aspirado á su mano, y en oponer una razonable resistencia á las insinuaciones y espresos mandados de su padre, dirigidos con especialidad á obligarla á efectuar su union con Azagra antes que espirase el tiempo estipulado.

Retírase Diego á su aposento; procura alejar de su imaginacion las negras imagenes que le asaltan; las meditaciones son mas profundas, y jamas el infortunio se pinta con mas vivos colores que en el silencio de la noche. Reclinado en su lecho, procura conciliar el sueño, mas no le es posible, y despues de alguna meditacion, resuelve salirse de su casa, lo que consiguió sin que fuese sentido de nadie; dirijese á una

puerta accesoria que daba entrada al jardín de la casa de Don Pedro Segura, y resuelto á todo, sin atender al mal ó buen resultado que podia tener su determinacion, tiene maña de introducirse en dicha casa. Se hallaba oculto en el jardín, desde donde, con la débil claridad de las estrellas, divisa el balcon de la estancia de Isabel, cuando el sonido de los acordes instrumentos del festin nocturno de Segura llega á los oidos de Marcilla, y el eco de la nupcial orquesta penetra hasta su dilacerado corazon. Reunidos allí todos los parientes y deudos de los novios, con otros caballeros y nobles invitados á celebrar el plausible himeneo de Azagra é Isabel, se ocupaban unos en las dificiles danzas y otros en repetir parabienes á los nuevos desposados. Todo respiraba amor, todo regocijo; solo el semblante de Isabel no se conformaba con la satisfaccion de los concurrentes, y el sello de la tristeza, impreso en sus facciones, manifestaba su interior desconuelo.

Suenan las doce, y Marcilla ya estaba dispuesto para subir á un balcon que se hallaba abierto; cuando repentinamente ve una luz en la caballeriza, se aproxima á la reja, y se encuentra que es Francisco, antiguo criado de Segura, con quien él tuvo mas confianza por lo mucho que le queria cuando en tiempo mas feliz frecuentó aquella casa: le llama por su nombre, suplica le facilite la entrada, porque tiene que hablarle sobre un asunto de importancia; le dice quien es, y que no tenga recelo de nada. El buen anciano permanece atónito y asombrado, y mucho mas cuando oye que le habla Diego Marcilla. Por último, le reconoce, le aconseja se retire, pues en semejante ocasion, en tan inoportuna hora se espone. «Ya se que llego tarde, le dijo Diego, no ignoro que me falta el derecho de reclamar la prenda que me pertenece, porque el péfido y perjuro D. Pedro la ha dado á otro dueño; pero ya no hay remedio, nada pretendo, nada quiero sino despedirme para siempre de Isabel, que sepa que la he sido constante, que no he faltado á mi juramento, que... Mas no perdamos tiempo, solo tu puedes servirme en lo que tanto deseo; aqui, ó donde dispongas, la espero... disimuladamente... con cualquier pretexto...»

El criado, aunque el lance era difícil, accedió á la demanda de Diego: tomó todas las precauciones que le parecieron convenientes, y le llevó á un cuarto que estaba al lado opuesto de la funcion; le dijo que esperára y en seguida se fué donde se hallaba la concurrencia; un buen rato estuvo observando hasta que se le presentó ocasion de hablar á Doña Isabel, diciéndola: «Señora, un caballero muy conocido de V. desea verla y hablarla, parece ha estado en el servicio de las armas con Diego Marcilla, y quiere dar á V. un recado que la interesa muchísimo; pero que ha de ser sin que nadie lo entienda, y que es urgentísimo, porque va á partir de esta ciudad antes de una hora.» Isabel no premedita y confia en su criado: sálese del salon sin que lo notára ninguno de los concurrentes, Francisco la acompaña hasta la puerta de la habitacion donde esperaba Diego, la anima, la disuade de todo recelo y la ofrece se quedara él de vigilante. Se decide, pues, la novia, sin sospechar la menor cosa, á penetrar en aquel aposento con una bugia encendida, abre la puerta, y en seguida ve adelantarse un embozado que con misterioso acento la dice: No temas; no es mi intento causarte daño alguno; ¡soy Diego de Marcilla...! y arrojando la rica capa que le cubre, se deja ver con toda la armadura é insignias militares, cual un genio de la guerra. Segura queda petrificada de terror: un sudor frio corre por su livida frente; permanece inmovil, y despues de algunos momentos, de opresion repite con desmayado aliento: «Diego de Marcilla...! ¡dulce nombre! ¡fatal ilusion...!»

«No, no soy un ser fantástico, soy aquel á quien juraste eterna fé: aquel á quien dijiste que amabas. Aun resuenan en mis oídos aquellas palabras que proferiste con entusiasmo antes de nuestra separación: ninguno sino tu llegará á poseer mi corazón. Esta dulce y consoladora promesa, grabada en el fondo de mi alma, me alentaba en los sangrientos combates y me hacía volar á los peligros. Sí, por tí puse á riesgo mil veces mi existencia; por tí he arrastrado las cadenas de la esclavitud, y por tí he derramado lágrimas en la oscuridad de los calabozos. ¡Ay de mí! ¿por qué no perdí la vida al impulso del alfange agareno? ¡Ah, Isabell cuando me consideraba próximo á coger el fruto de todos mis afanes... ¡la impía suerte... un ambicioso mortal...! No, no debo tomar venganza ni turbar la paz de tus días; he llegado esta noche á Teruel, he sabido tu suerte y mi desgracia; salido de la casa de mis padres sin que alguno haya llegado á traslucir mis pasos, y con solo el auxilio de tu criado Francisco he logrado internarme hasta este sitio. Estoy resuelto á abandonar mi patria para siempre; pero antes debía verte y decirte que he sido constante, que he sido mas...»

«Poderoso Dios! le interrumpe Isabel reuniendo sus fuerzas, manifestad de un modo portentoso mi inculpable condescendencia á un involuntario himeneo! ¡Diego! al mismo cielo pongo por testigo de mi constancia de no haber sido infiel á mis promesas, podras argüirme de debil mas no de ingrata, ni... «Basta, la interrumpe Marcilla; esa misma confesion agrava mi martirio... Partiré antes de la aurora; vive feliz: adios para siempre...! pero no quiero la vida sin tí; te he amado, te idolatro y antes... en premio..., ¡un solo ósculo no de amor..., de paz..., de reconciliacion...!» Y ella le dice: «¡Diego, vuelve en tí! ¡no soy libre! ¡no plugo á Dios...!»

La palidez cubre el semblante de Marcilla; un temblor repentino se apodera de sus miembros; cae sobre un sillón, y pronunciando estas lastimosas palabras. «¡Isabel, yo muero! ¡Dios mio, piedad...! deja de existir el héroe de la constancia Isabel lanza un espantoso grito; acude Francisco, este ve aquella catastrophe, y sale en seguida del aposento precipitadamente con el mayor aturdimiento, dando voces y pidiendo socorro. Suspéndese la funcion, corren los convidados, se presenta Azagra, Don Pedro Segura y cuantas personas allí se hallaban, y al ver tan horrendo é inesperado espectáculo, todos quedan confusos y aterrados. No saben que hacerse; pero resuelven dar parte á la autoridad, esta interviene formando el oportuno espediente; los facultativos reconocen el cadaver, y declaran haber fallecido de su muerte natural. El padre, la madre y hermanos del difunto, tan luego como supieron la novedad, todos se deshacen con acerbo llanto. La noticia de la vuelta de Diego se divulga por la ciudad á un tiempo mismo que la de su muerte, y como era bien notorio en Teruel la causa de su ausencia, no hay quien no atribuya tan infausta desgracia á una violenta conmocion, efecto del intenso pesar que le ha causado el desposorio de Isabel.

Hacense los preparativos para la pompa funeral, y se determina el entierro para la tarde de aquel mismo dia. Ya el lúgubre y prolongado sonido de las campanas indica la hora prefijada, y se reúne un numeroso concurso, compuesto de toda la nobleza de la ciudad: llegan los ministros del santuario, y la elevada cruz precedió la mortuoria procesion: ya suenan los roncós y lúgubres instrumentos, y elevada la caja que contenia el inanimado cuerpo de Marcilla sobre los hombros de seis oficiales de la guarnicion, caminaban hácia la Iglesia de S. Pedro, en donde debian solemnizarse las exequias del héroe de Teruel.

Isabel, llena de dolor y tristes ideas, se habia retirado á su aposento, vistese de luto, cubre su rostro con un espeso velo, y oculta en la mas baja estancia de la casa, logró introducirse entre el acompañamiento funeral sin que nadie la conociera. Al entonar los ministros del Señor el cántico de Zacarias, lanza un penetrante y espantoso grito, se arroja con los brazos abiertos sobre el féretro del difunto. Un presbítero se llega al socorro de la desconocida; observa su inmovilidad, la ase del brazo, mas no puede desprenderla del difunto, y levantando el velo reconoce á... ; Isabel de Segura! El sacerdote despidió un horrible gémido, conmuevénse los circunstantes, y adviérten que ya la parca ha impreso en sus lívidas facciones el sello de la destruccion humana.

Interrúmpense las ceremonias religiosas; se difiere el entierro, y muy en breve se estiende por la ciudad la noticia del trágico y lamentable suceso. Despues de una breve conferencia entre el respetable clero de la parroquia y los padres y deudos de los infortunados amantes, acordaron por unanimidad el depositarlos en un mismo sepulcro, como se verificó al siguiente dia con nuevas y mas pomposas exequias, quedando unidos en muerte los que no llegaron á unirse en la vida.



LISTA

de las Historias que se venden en la
misma imprenta de Santaren.



Pliegos.

La guerra de Africa.	5
La guerra civil de España.	4
Flores y Blanca-Flor.	4
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	5
Napoleon Bonaparte.	5
El Manto Verde de Ve- necia.	5
Aventuras del ingenioso hidalgo D. Quijote.	5
Nuevo Navegador.	4
D. Leopoldo O'donnell.	4
Clamades y Clarmonda ó sea el Caballo de Madera.	4
Los tres hermanos Corco- bados de Braganza.	4
El pais y condiciones de los Gigantes.	4
Pablo y Virginia.	5
Gil Blas de Santillana.	4
Roberto el Diabolo.	4
Carlo Magno, y los doce Pares de Francia.	4

Pliegos.

Lámpara Maravillosa.	4
Cartas de Abelardo y Eloisa.	4
El Cid Campeador.	4
Ramon Cabrera.	4
El picaro Guzman de Al- fárrache.	4
Don Carlos Maria Isidro de Borbon.	4
El principe Ahmed y la hada Pari-Banu.	4
La Sultana de Persia ó las dos hermanas celosas de otra menor.	4
Los Amantes de Teruel.	4
Honra, usura y asesino, ó sea José el Mendigo.	5
El Lazarillo de Tormes.	5
Don Pedro de Portugal.	5
La Doncella Teodor.	5
El falso profeta Mahoma.	5
Los siete Infantes de Lara.	5
Bernardo del Carpio.	5
El Castillo Misterioso.	5

<u>Pliegos.</u>	<u>Pliegos.</u>
El valeroso Sanson. 3	Clotilde y Clodoveo. 3
La Gloria de Bethulia por Judith. 3	El Diluvio universal. 3
Esther y Mardoqueo. 3	Pérdida y restauracion de España. 3
Vida de san Amaro y mar- tiro de santa Lucia. 3	El Toro blanco encantado. 3
Robinson en una isla de América. 3	La Creacion del mundo. . . 3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason. 3	El pais y condiciones de los Enanos. 3
Los Templarios. 3	Edmundo Dantés, conde de Monte-Cristo. 3
Luis XVI, rey de Francia. 3	Fernan Gonzalez. 3
La Española inglesa. 3	El Emperador Neron. 3
La Guerra de la Indepen- dencia. 3	La Máscara de hierro ó fa- tales consecuencias de una pasion. 3
Don Francisco Espoz y Mina. 3	El Cura Merino. 2
Vida de Santa Maria Egip- ciaca. 3	Francisco Esteban. 2
Conversion de Francia por	El Marqués de Mantua. . . . 2
	La enterrada en vida.

En la misma imprenta se hallan además de las historias anteriormente espresadas, un surtido de Romances, Trovos, Décimas, Sainetes y Entremeses de mas de trescientos títulos.

Tambien hay una buena coleccion de estampas pintadas en todos tamaños, y soldados de las de Barcelona. Aleluyas ó redolines, libritos de varias clases y todos cuantos se usan en las Escuelas.